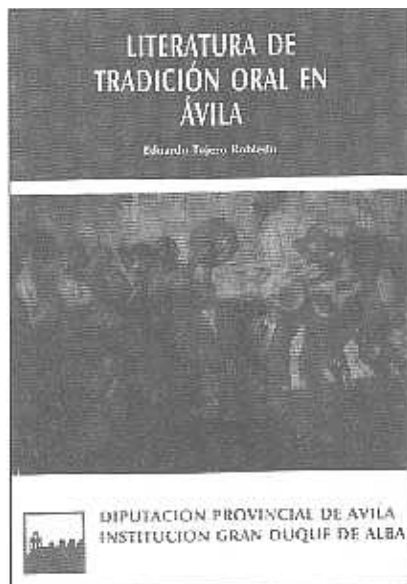


TEJERO ROBLEDO, E. (1994): *Literatura de tradición oral en Ávila*. Ávila, Diputación Provincial, Institución «Gran Duque de Alba», 446 pp.



Reconforta tener en las manos una obra como ésta. Si cualquier reflexión sobre la vida, usos y costumbres de nuestros antepasados es un camino hacia la melancolía y hacia la desesperación, en no pocas ocasiones, ante lo que hemos ido perdiendo, con esta recopilación, y las de otros meritorios estudiosos, se siente el ligero alivio de que al menos la memoria queda en los libros o en las grabaciones musicales, aunque sea como piezas de un museo. No es poco.

Malos tiempos para la cultura tradicional. Todo conspira contra el arte popular, se lamentaba ya en los años treinta Marañón, y eso que todavía estaban por llegar los instrumentos de uniformidad de masas imponiendo su dominio sin que de nada sirvan heroicas resistencias. Así es y así será. Nadie espera que nuestras gentes vuelvan a manifestar su alegría con jotas picaronas, a jalonar el calendario con dichos y ritos heredados, a recitar romances en tardes de tertulia familiar o festejar a sus Vírgenes y a sus Santos como lo aprendieron de sus mayores. El presente ha impuesto otras formas de vida (con la herida de la emigración viva en todo los pueblos), otras preocupaciones, otros afanes y, en consecuencia, otra forma de expresar las alegrías y las penas. Y los cambios parece que no han afectado sólo a los humanos: ¿Cómo van a seguir conjurando a la cigüeña malagueña, en la fiesta de Santa Brígida, los mozos de Villanueva del Campillo («si no vienes a tiempo, / se enfadará San Blas»), si las cigüeñas no abandonan ya en Castilla sus torres y espadañas para la invernada?

Se ha impuesto otra forma distinta de ser y de sentir, en que la calle ha ido perdiendo fuerza como escenario natural de la expresión colectiva de los saberes compartidos de los pueblos. *La calle y la compañía de los paisanos era la vía de escape espontánea y natural* de gozos y pesares, de faenas y negocios cumplidos. Y en medio, como estímulo, el vino y las buenas viandas, sobre todo en las fiestas del patrón, que había varias.

Según la época del año, se cantarían unos romances, se recordarían decires y consejos, se despediría a los pastores, se celebrarían las matanzas, las aguederas, los carnavales, los mayos, las fiestas de las cruces o las de recolección de cosechas; se cantaría el valor ante los toros, o se pregonarían las grandezas del pueblo propio frente a las del de al lado; los niños jugarían al peón, las canicas o la dola; las niñas cantarían sus canciones de corro o recitarían retahílas mientras empujaban con el pie la china, a la pata coja, de cuadro en

cuadro; y los mozos pondrían enramadas, rondarían a las mozas guapas (como las del lugar, ningunas), y los quintos se despedirían de sus novias para cumplir con sus deberes militares lejos de casa. De todo esto y mucho más se nos da cumplida noticia en *Literatura de tradición oral en Ávila*.

Eduardo Tejero, el recopilador de todo este tesoro cultural, buen didacta él, comienza su minucioso trabajo con una atinada y documentada «Introducción» de unas cuarenta páginas en que familiariza al lector con todas las cuestiones relacionadas con la literatura de tradición oral, un espacio en el que suenan muchas campanas cuyo origen no siempre es fácil de determinar. Uno de los logros del libro es precisamente esta «Introducción» didáctica, aunque el autor, en su modestia característica, tema que sea «insuficiente y discutible para el experto».

Hay que precisar conceptos y situar el tema tratado. «Mejor estaría si habláramos del viejo alfoz y de la antigua diócesis», dice el autor para matizar el título de su trabajo y que se entienda que los límites del mismose abren a otras provincias o nacionalidades, compartiendo sentir con otros investigadores como Miguel Manzano o García Matos. Y es que la cultura popular es pan compartido en pueblos y comarcas donde, como viajero andante, nunca ha encontrado limitaciones a sus alforjas. Ha nacido en el pueblo y este la ha asimilado y recreado y a él pertenece, por lo tanto, sin que tenga especial preocupación por saber del primer autor. Recordemos la conocida cuarteta de Manuel Machado:

Hasta que el pueblo las canta,
las coplas coplas no son,
y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe su autor.

Se trata, por lo tanto, de una cultura expansiva por naturaleza. Esa expansión del saber y sentir populares y su carácter común y coincidente quedan plenamente justificados en el apunte que se nos da sobre su transmisión: «Arrieros, cómicos de la legua, quintos y soldados, vendedores ambulantes, clérigos, recaderos, segadores en emigración temporera (la teresiana *gente del agosto*), esquiladores, buhoneros, estudiantes, viajeros y empleados en Madrid, peregrinos y pícaros contribuyeron a la transmisión [...]. Mas como Ávila fue eje troncal de rutas ganaderas, la trashumancia actuó en la recepción, asimilación y dispersión» (p. 36). Ahí están las fórmulas mil veces repetidas en jotas, cantares y rimas para despedidas («Ojos que te vieron ir»; o «Allá va la despedida»), las alabanzas del propio lugar o sus gentes («Tres cosa tiene... que no las tiene Madrid»; o «En... no hay tranvía», o las del *tente tieso, tente firme o tente que tente*). Otro eslabón de transmisión lo constituía la actuación de los andarines ciegos que a golpe de bastón y voz recorrían los pueblos cantando sus romances —ya más modernos, se nos dice— de princesas y villanos, bandoleros de caritativas extrañas, crímenes truculentos o santos en perfecta hermandad con las aveciillas del cielo. Y como había que sacar algunas perrillas (o ¿sería por aquello de que la letra escrita queda?), repartían sus recitales en hojitas.

Las canciones, los romances, coplas, dictados tópicos, retahílas, nanas, acertijos, refranes, cuentos y todos los diversos tipos de paremias... ¿cómo han de llamarse con pro-

piedad: literatura tradicional o literatura popular? Aunque las dos denominaciones pueden tener su clara diferenciación, no se entra en la cuestión de matizaciones y se resuelve el tema por la vía más práctica y operante. Sería demasiado simple —leemos— asentar a tal homologación, en oposición a la literatura culta, no obstante puede servirnos *grosso modo* para andar por casa (p. 12). Para entendernos, las dos denominaciones se toman aquí como sinónimas.

El libro se centra en la literatura geográfica popular abulense, que viene a restringir un poco, a la vez que concretar, el campo más genérico de los textos de tradición oral. Esta literatura geográfica se organiza en torno a los siguientes núcleos: Arenas de San Pedro, Arévalo, Ávila de los Caballeros, El Barco de Ávila, Cebreros y Piedrahíta. En cada capítulo, que coincide con el nombre de estos núcleos, van apareciendo los distintos poblados que lo componen con sus diferentes gentilicios (incluso los despectivos impuestos por pueblos rivales), dichos tópicos o refranes, recogidos de informantes lugareños. (Algún mapa de la provincia de Ávila y de sus regiones habría supuesto un útil apoyo para la localización).

En lo que se nos ofrece, que es mucho, el lector se llega a familiarizar con la obra de otros estudiosos e investigadores que han ido trazando caminos con anterioridad. Es así como se hacen estas obras: de lo que ya existe, se informa, se valora y se coteja con otras aportaciones paralelas, y se completa en aquella parte que sea menester. Y también, cómo no, se ofrece lo que uno descubre por propia industria. Llegamos así a tener noticia de obras fundamentales e imprescindibles desde la *Crónica de la población de Ávila* hasta las historias locales de más reciente aparición, desde los Almanques a los Cancioneros. En la Introducción dedica el autor cumplido espacio a «Memoria de autores y textos», con la nómina completa de los que han tenido algo o mucho que ver en la literatura de tradición oral avileña: se reconoce el mérito de su esfuerzo y se valoran sus obras situándolas en su contexto con un abundante aparato crítico. Es frecuente, casi constante, por mejor decir, la referencia a nombres ya clásicos en este campo, como Kurt Schindler, García Matos, Alonso Cortés, Agapito Marazuela, Miguel Manzano, Joaquín Díaz, Antonio José, A. Dúo Vital...

La voz más fresca de la tradición castellana se deja oír en la canción insignia del Valle del Tiétar «Catalina la torera»; en las distintas versiones de «Labrador ha de ser», de las típicas de la tierra llana o la Moraña; en «El arado», como canto religioso o de oficios; en la medieval canción deorro «Zorraquín Sancho» (no tratada con suficiente justicia en la historia de la lírica castellana, según lamento de Tejero); en la repetida ronda de «Los Sacramentos», la de Burgohondo, por ejemplo; en el romance de «El segador y doña Juana» con toda su carga de erotismo popular, en Cardeñoso; en la «Serrana mía», del Barco; en el tan conocido como estilizado «Límpiate con mi pañuelo», en Bohoyo; o en la retahíla «Con aquel chavito», cantado en San Martín del Pimpollar, tan presente en el mundo infantil castellano.

Termina el libro con una completa referencia bibliográfica y un utilísimo índice de títulos siguiendo el primer verso de las coplas y canciones.

Aquí se ofrece una parte considerable del ser más profundo de las tierras de Ávila y de sus gentes y, por extensión nada forzada, de las señas de identidad castellanas. Que la

anécdota de tan hiriente connotación como el estruendo de una potente megafonía lanzando al aire músicas modernas y ahogando el anuncio de jotas de la tierra que una peña de entusiastas hacía con gaita y tamboril en la plaza contigua (p. 321) no llegue a tener su fatal significado, dependerá del esfuerzo y responsabilidad de todos nosotros. De unos más que de otros, cierto, pero de todos. Obras como la del profesor Eduardo Tejero, patrocinada por la Institución «Gran Duque de Alba» de la Diputación Provincial de Ávila, nos ayudan a congraciarnos con nuestras raíces, con nuestro ser.

FÉLIX SANZ GONZÁLEZ